



*La amistad, patria de los sin patria. Epistolario inédito (1953-1972)*

BARBARA GRECO (ED.)

Sevilla, Renacimiento, 2023, 227 pp.

*reseña de* Gaia Biffi

El compromiso testimonial que impulsó la literatura de la mayoría de los exiliados republicanos españoles fue marcado por la necesidad de refundar un principio de cohesión cultural entre las distintas voces de una comunidad dispersa por la geografía global. Es este el marco ideológico en el que se insertó la colección *Patria y ausencia*, ideada por Max Aub (1903-1972) en 1952 con el propósito de dar cabida a la «cuantía y la calidad» (p. 44) de los escritores de la España peregrina y del *insilio* y así poder entrelazar sus esfuerzos creativos en la elaboración –y en la transmisión– de un mensaje contrahegemónico con respecto a la realidad histórica de la España oficial, representada por el régimen franquista. Sin embargo, este proyecto editorial nunca llegó a realizarse aunque posibilitó el establecimiento de numerosas relaciones epistolares: una de las más fructuosas es, sin duda, la correspondencia entre el propio Aub, María Teresa León (1903-1988) y Rafael Alberti (1902-1999) recientemente editada por Barbara Greco en *La amistad, patria de los sin patria. Epistolario inédito (1953-1972)*. El empeño emprendido por la *Biblioteca del exilio*, colección de Renacimiento dirigida por Manuel Aznar Soler y dedicada a la difusión de obras de crítica sobre la diáspora republicana de 1939, se enriquece de un nuevo título, resultado de un trabajo de archivo realizado cotejando los ingentes fondos documentales conservados en la Fundación Max Aub (Segorbe, Castellón) con los de la

Fundación Rafael Alberti (Puerto de Santa María, Cádiz).

En su minucioso y detallado estudio introductorio, Greco –profesora titular de Literatura Española de la Universidad de Turín y autora de numerosas investigaciones centradas en la narrativa del exilio republicano– delinea el perfil intelectual de los integrantes de ese animado diálogo desarrollado a lo largo de noventa y cinco misivas en las que quedan incluidas las tres cartas de Aitana Alberti León (1941), hija de María Teresa y Rafael, y un intercambio compuesto por trece epístolas entre Aub y el fotógrafo argentino Roberto Otero (1931-2004), novio de Aitana. De esa manera, se recompone un mosaico de aportaciones muy personales y perfectamente reconocibles –en el tono y en el punto de vista–, pero que cobran pleno sentido solamente en un espacio compartido basado en ideales políticos de resistencia y en la lealtad a la memoria de un proyecto social y cultural truncado por el desenlace de la Guerra Civil.

En efecto, los avatares editoriales protagonizados por los exiliados constituyen uno de los hilos conductores de la correspondencia marcada por las numerosas iniciativas de Aub –entre las que destaca *Los Sesenta*, revista que reunía a los autores republicanos que hubiesen cumplido sesenta años de edad–, y la entusiasta colaboración de la pareja Alberti-León. Es la escritora riojana la verdadera portavoz de su núcleo familiar y parte activa en la gestión de los

trámites para la publicación de textos suyos y del marido que seguían inéditos, tarea en la que Aub ejerció el papel de mediador en muchas ocasiones llegando a ser determinante para concretar la edición de *Fábulas del tiempo amargo* (Ecuador 0 0' 00", 1962), selección que contiene cinco relatos de Teresa León, y de *Roma, peligro para caminantes (1964-1967)* (Joaquín Mortiz, 1968), colección de poemas de Alberti. El interés demostrado –las peticiones de obras, por lo general, son recíprocas y casi siempre acompañadas por manifestaciones de apoyo y solidaridad– se configura como una puerta de acceso hacia las intenciones que habían fundamentado la escritura, la determinación y, al mismo tiempo, la incertidumbre que habían acompañado el proceso de redacción y, sobre todo, la problemática búsqueda de lectores inevitablemente marcada por el temor a que sus voces permaneciesen ignoradas: «Las cuestiones de España no interesan, madame» (p. 48) denuncia la escritora desterrada, dejando patente no solamente el ostracismo de la dictadura española, sino también la indiferencia internacional por la condición de los refugiados republicanos. Son muchos los títulos que aparecen mencionados, hecho que nos permite saber algo más de las circunstancias en las que se fraguaron piezas capitales de la literatura del exilio como *Memoria de la melancolía* (Losada, 1970) de Teresa León o *La gallina ciega* (Joaquín Mortiz, 1971) de Aub. En ese sentido, resulta acertada la decisión de Barbara Greco de añadir un apartado que presenta el listado de las obras del matrimonio Alberti-León conservadas por Aub en su biblioteca personal –y viceversa– siendo este un elemento que confirma la atenta recepción, por parte de los tres protagonistas de este epistolario, del testimonio de sus interlocutores, una firmeza que cobra una notable importancia precisamente desde la precariedad y la marginalidad de las ideas defendidas por los republicanos desde la lejanía de su propia tierra.

Asimismo, los autores dan cuenta de las dificultades a las que tuvieron que enfrentarse en sus respectivos países de acogida haciendo especial hincapié en la

imposibilidad de dedicarse de lleno a sus quehaceres creativos debido a la necesidad de conseguir otras fuentes de ingresos y medios de sustentamiento: «Tenemos mucho trabajo imbécil y poco tiempo» (p. 35) afirma Teresa León para explicar las continuas interrupciones en la transcripción de una de sus novelas, *Juego limpio* (Goyanarte, 1959). Y es precisamente la mirada de León que revela otro factor limitante en el ejercicio del oficio intelectual, es decir, el mayor grado de exclusión padecido por las mujeres: «no tengo secretaria, ni casi máquina de escribir, ni tiempo. Sigo encadenada al menudo, la casa, los conflictos económicos» (p. 36) declara refiriéndose a los obstáculos encontrados a la hora de conciliar la vida pública y el espacio hogareño tradicionalmente destinado a su género. Así es que uno de los mayores puntos de interés del epistolario reside precisamente en la posibilidad de averiguar las circunstancias materiales y sociales, aspecto nada secundario ya que, en la práctica, condicionaron las actividades literarias y la interpretación de la realidad de esos escritores.

Para más señas, es la correspondencia misma que, en distintos pasajes, se tiñe de rasgos metarreflexivos visibles en la expectación y en el anhelo de ser escuchados –«No interrumpas esa correspondencia» (p. 34) le ruega Teresa León a Aub–, y en la voluntad de mantener viva la comunicación contra viento y marea: «Lo que sí te pido es que me escribas» (p. 40) reitera la escritora, «No me dejéis sin noticias» (p. 58) le hace eco el autor de *El laberinto mágico*.

A medida que transcurren los años, surge otra cuestión apremiante: la brecha generacional con los jóvenes españoles. Se trata de una distancia que es, ante todo, ideológica y que se mide en términos de conciencia histórica, conllevando el riesgo de que el discurso republicano se desvanezca entre un presente que ya ha ocultado su legado político y una perspectiva de futuro que no es la que los exiliados habían imaginado para su país, tal y como apunta Teresa León con amarga lucidez: «Las visitas con los muchachos españoles me trastornan. Es un choque con una realidad a la que no sabemos hacer

frente, gracias a tantas experiencias cristalizadas ante nuestros ojos y esa memoria del olvido que padecemos» (p. 81). A pesar de eso, el hecho de reconocerse, en tanto que comunidad, como los únicos testigos de la violencia reaccionaria que interrumpió el curso de la democracia española es precisamente lo que los empuja a actuar según un principio de fidelidad al proyecto por el que habían luchado, por el que habían sido expulsados de su tierra y en nombre del cual no podían conformarse con aceptar la versión impuesta por los vencedores, como se deduce de la infatigable actitud de entrega a la trasmisión de una verdad opuesta al relato dominante, una determinación demostrada hasta el último momento o, en este caso, hasta la última misiva, enviada por Aub en enero de 1972, seis meses antes de su muerte, acaecida en Ciudad de México el 22 de julio de aquel año.

El considerable aparato de notas a la edición completa y clarifica los temas glossados por las distintas personalidades que se cruzan en este epistolario, amén de proporcionar datos editoriales e informaciones históricas útiles para comprender en profundidad los itinerarios creativos de tres de los más valiosos representantes de la literatura española del siglo XX, y así otorgarle el lugar destacado que se merecen en el panorama cultural contemporáneo.